

La pedagogía teatral, una herramienta para educar

“La obra del hombre no es más que un largo camino para encontrar a través del arte las dos o tres imágenes sencillas y grandes sobre las cuáles el corazón, una vez, se abrió.”
L'Envers et l'endroit, Albert Camus.

El arte dramático en la formación de la persona

Desde siempre mi vida ha estado compartida entre el teatro y la enseñanza. Nunca he podido elegir entre estos dos mundos apasionantes ya que durante toda mi experiencia profesional ambos se han complementado. Pero estoy muy preocupado artística y pedagógicamente porque la enseñanza del teatro provoca múltiples reacciones contradictorias en el mundo teatral y educacional.

¿Podemos enseñar el teatro? ¿No parece contradictorio en sí intentar enseñar lo que varias personas definen como un arte del litigio, de la puesta en duda, de la polémica, de la refutación o del rechazo? ¿Permitir un litigio que podría fomentar la anarquía no es lo contrario de las metas de la enseñanza que pretende formar ciudadanos respetuosos con las leyes? Quizás son preguntas complicadas de responder y es la razón por la cual algunos dirán que el teatro no se puede enseñar y que hay que dejarlo fuera de la escuela.

Los más radicales, y son varios, opinan que llevar el teatro a la escuela para intentar enseñarlo es un acto mortal. Llevar el teatro a la escuela es matarlo porque la escuela lo desvía de su verdadera función para convertirlo en un aburrimiento, y no es gratificante para el alumnado sino moralista. Por otra parte, llevar la escuela al teatro es una actividad apremiante que no dispone al espectador joven a recibir el espectáculo de una forma adecuada y no permite entender la mera función del teatro en la sociedad.

No queremos comentar estas opiniones, sólo intentamos demostrar la diversidad de percepciones del teatro y de la enseñanza. Quizás son dos mundos diferentes y parecidos que se conocen mal porque pocas veces hemos tenido la oportunidad de unirlos. Sería necesario un estudio de la filosofía de la enseñanza, del teatro y de la enseñanza del teatro para explicarlo bien.



Lo cierto es que el teatro es una materia compleja que necesita distintas formas de trabajar con múltiples medios para conseguirlo.

Hasta ahora, desde un punto de vista puramente teórico, no se puede enseñar el teatro. Porque sólo de una manera aislada se pueden enseñar técnicas (dramática, didáctica, pedagógica...), transmitir conocimientos (histórico, literario, filosófico...), experimentar distintos lenguajes (corporal, vocal, con objetos...), dar instrumentos escenográficos (luz, sonido, maquillaje, decorado...) para permitir a los estudiantes, en un tiempo determinado (horario), en un espacio delimitado (aula), con una energía requerida (personas), hacer su propio aprendizaje. Quizás también es una forma de enseñar teatro. Si investigamos más, posiblemente podremos encontrar un modelo de formación que nos permita unir estos puntos de vista a partir de la demarcación hecha entre ellos.

Pero, ¿cómo podemos realizar este tipo de intervención en la realidad sin hablar de una asignatura en sí, si estamos en una escuela y queremos ayudar a los estudiantes a aprender a través de ella? Quizás porque hay muchas definiciones para varias situaciones y nunca hemos intentado clarificarlas. ¿Debemos decir teatro o arte dramático o expresión dramática cuando hablamos de esta actividad? La palabra cambia de sentido según la situación de los usuarios. Quizás tenemos un problema con los enseñantes y los artistas que no tienen la formación adecuada para enseñar tal asignatura, y quizás podemos intentar diseñar un modelo de formación basado en la mezcla del arte y de la pedagogía, el mestizaje de los artistas y de los pedagogos.

Por ejemplo, la expresión *arte dramático* identifica situaciones o campos diferentes según si la emplean artistas, investigadores, creadores, enseñantes o pedagogos. A pesar de la diversidad, no podemos negar la unicidad de estos múltiples lugares de prácticas y de teorías, y por esta razón frecuentemente se hace referencia a la multidisciplinariedad y a la interdisciplinariedad.

¿Cuál es el límite y el punto de unión entre el arte y la pedagogía? ¿Cómo definir el arte dramático en el mundo de la educación? ¿Debemos favorecer el proceso, el producto, o los dos sin distinción? ¿Cuántas cuestiones difíciles de contestar y problemas por resolver para llegar a definir lo que es el arte dramático en la enseñanza!

En primer lugar podríamos decir que el arte dramático está considerado como una asignatura; sin embargo muchas personas opinan que es un herramienta pedagógica excelente para la enseñanza de otras materias curriculares. En ambos casos podemos decir que estamos hablando de una

**Podríamos
considerar el
arte dramático
como una
pedagogía en
sí misma**

forma estética de la enseñanza y del arte. Podríamos considerar el arte dramático como una pedagogía en sí misma, porque, como la pedagogía, el arte dramático está constituido por un conjunto de valores, reglas, principios, preceptos, modelos y muchos datos teóricos y prácticos cuya meta es guiar las intervenciones del profesor a fin de mejorar los aprendizajes de todos los participantes. La pedagogía artística, así definida, tiene el sentido de método educativo. (Comisión de Terminología de la Educación de Québec, 1985)

Desde nuestro punto de vista creemos que se puede tratar el arte dramático en la enseñanza como una creación pedagógica. En efecto, de la misma manera que un director de teatro utiliza todas las técnicas y todos los instrumentos teatrales que tiene a su disposición para demostrar su conocimiento y su competencia con sus actores, el enseñante utiliza todas las técnicas y todos los instrumentos a su disposición para demostrar su conocimiento y su competencia con los estudiantes. En ambos casos se sirven de la educación creativa y se les podría definir como artistas-pedagogos.

Ryan (1986, 237) resume la educación creativa así: “acto de acompañar a alguien en su busca de la expresión, dándole plena libertad de ser y ofreciéndole medios para que se exprese lo mejor posible. Es una educación cuya meta es desarrollar actitudes creativas que llevarán al individuo a vivir plena y auténticamente”. De la misma manera, con la formación, creemos que podemos ayudar al estudiante a crear sus propias herramientas pedagógicas a partir de su conocimiento del arte, su aptitud para dominarlo y su competencia para transmitirlo. Todo mezclado con técnicas e instrumentos bien seleccionados y justificados. Utilizando la creación pedagógica en el sentido de un acto creativo, es decir un descubrimiento, una mezcla, una combinación, una síntesis de hechos, de ideas, de facultades que ya existían. El resultado será como una sorpresa porque los elementos utilizados serán más conocidos y familiares (Koestler, 1965). Por esta razón utilizamos la mezcla al servicio del artista-pedagogo.

Sin embargo, como apunta Leif (1985), el problema pedagógico no consiste en responder a las preguntas, sino en ayudar a imaginar y a descubrir, a sugerir caminos que conduzcan a las preguntas que permiten que la persona tenga una apertura a la comprensión, a la explicación o a la justificación. La pedagogía debe suscitar estímulos y no proponer impedimentos a superar. En suma, debe ser una pedagogía de la sorpresa y de la interrogación, que ponga a los estudiantes en situación de investigación y les dé la oportunidad de encontrar sus propias respuestas (Wautelet, 1983). Por eso, los talleres sugeridos serán siempre distintos y abiertos, nunca estereotipados; al contrario, el imprevisto, la repercusión y el cuestionamiento permanente llevarán a los participantes a imaginar, buscar y encontrar nuevas soluciones constantemente.



Para alcanzar este eje, el enseñante debe recibir una formación específica. A la manera de un artista-pedagogo que se define como un ser creativo. Llegamos así al sentido que Paré (1977) da al ser creativo: una persona que sabe utilizar al máximo todas las propiedades sensoriales, afectivas y cognitivas de su organismo dentro de su entorno.

Si abordamos el arte en la educación de esta, será la base de la existencia de toda sociedad, actuando no sólo a nivel de los rituales sino también en la vida personal de los individuos (MEQ, 1981) y el enseñante no debe presentarse como el poseedor de la verdad absoluta; es más un agente de progresión que propone los contenidos apropiados (MEQ, 1983).

La mejora de la enseñanza

El acto de enseñar no puede ser reducido, bajo pena de perder su identidad profesional, a la pura ejecución mecánica de una tarea. Al contrario, se presenta como una práctica reflexiva (Maheu y Robitaille, 1990). Distinguimos en él tres aspectos principales.

El acto de enseñar se presenta como una práctica reflexiva

■ El primer aspecto reside en el hecho de que el acto de enseñar requiere que el enseñante se adapte a la situación. En arte dramático a menudo hacemos un paralelo entre la improvisación pedagógica y la improvisación teatral (Laferrière, 1993). El acto de enseñar exige una reflexión en la acción que desemboca en una cierta creatividad. Las situaciones de aprendizaje son únicas e inciertas, es decir portadoras de conflictos de valores, porque colocan en interacción a un maestro y a unos alumnos en la búsqueda del saber. En este sentido enseñar es un arte y toda situación de aprendizaje es una interacción que requiere que el enseñante medite su acción, la ajuste, la recree o la reestructure en el mismo momento en que se efectúa. Así pues el acto de enseñar no es sólo una acción, es también un pensamiento.

■ El segundo aspecto hace referencia al hecho de que la práctica enseñante debe ser también una especie de investigación. El acto reflexivo exige, en efecto, una reflexión en la acción pero también sobre la acción: une el arte de la práctica al arte de la investigación. Aquí también, el pensamiento se refleja en la acción y la acción en el pensamiento. En el acto reflexivo se aprende a partir de lo que se hace, se rechaza separar la acción de la investigación. El profesor reflexivo es a la vez un investigador: integra su reflexión y su práctica; explícita la teoría de su práctica; articula su práctica sobre el pensamiento que la fundamenta. Aquí todavía existe una interacción en el interior mismo del profesor entre su práctica y su investigación. (Schon, 1992)

El acto de enseñar debe poseer este aspecto de la práctica reflexiva. Pone en relación personas y saberes en constante evolución, requiere que sea constantemente revisada.

■ El tercer aspecto se refiere al hecho de que la práctica enseñante debe incluir, en su esencia, la transformación de la experiencia en saber. Todavía se efectúa un diálogo entre lo concreto y lo abstracto, un ir y venir de la acción a la reflexión y a la toma de conciencia de la experiencia. Entonces se constituyen los saberes de experiencia que influyen, en el buen momento, en las decisiones que hay que tomar. En cierto sentido, este vaivén de la reflexión y de la acción permite incluso desarrollar reflejos que convengan a las diferentes situaciones.

El acto de enseñar es, desde su origen hasta su fin, una relación entre personas. Su objeto esencial es un conjunto de sujetos de los que se persigue su desarrollo; su herramienta principal es una relación humana de ayuda y de reflexión.

La enseñanza es también un acto interactivo. Por oposición al trabajo instrumental (que persigue la producción de un bien material) la enseñanza es un trabajo que tiene por objeto la persona humana. Comporta pues un carácter global, donde entran en juego las dimensiones intelectuales, emocionales, sociales y psíquicas. Es un trabajo que, en cierta forma, es consumido en el momento mismo en que se produce.

En definitiva el trabajo de enseñante se fundamenta sobre una estrategia pedagógica: despertar la motivación, suscitar el interés, estimular la sed del alumno hacia el saber. Sobre la base del deseo de aprender, el enseñante propone actividades al alumno y lo introduce en un camino de construcción de su saber (Prost, 1985). En este sentido el alumno está en el punto de partida del acto de enseñar con su capacidad de asombro y su deseo de saber. Enseñar es comunicar esta sed al alumno, inmiscuirse en sus interrogantes fundamentales y provocar su inteligencia (Boily, 1990).

El segundo aspecto de este trabajo interactivo reside en el hecho de que enseñar consiste en establecer una relación humana entre sujetos responsables. Ciertamente, el acto de enseñar es una relación de poder porque, quiera o no, el enseñante tiene un poder de competencia o de peritaje y un poder institucional: el de evaluar a los alumnos. Pero esta relación de poder no encuentra su verdadero sentido sino cuando el maestro ayuda a los alumnos a adquirir el saber sobre ellos mismos y sobre el mundo. En definitiva, es una relación de ayuda que pone en contacto a una persona que ha recorrido un buen trozo de camino significativo en el terreno del saber con otra que desea descubrir, explorar, trazar su propio camino. Enseñar consiste en ayudar, guiar, acompañar (Hébert, 1981).



De la escuela primaria a la universidad hace falta revalorizar el papel del profesor como comunicador en un mundo de comunicación (CSE, 1990). Comunicar es a la vez una ciencia y un arte: una ciencia en el sentido de que tiene nociones que dominar y teorías que conocer; un arte cuanto a que tiene intuiciones que hacer emerger y reacciones que inventar. Si hay igualmente una parte de planificación que se puede añadir a un saber pedagógico y didáctico, hay también una parte de improvisación relacionada con el arte que se ejerce en el seno de situaciones reales de aprendizaje.

Por otra parte, según la encuesta Lennards 1990, parece que las relaciones humanas, aspecto central del acto de enseñar, sean el centro de la satisfacción profesional del personal docente.

El acto de enseñar es un acto complejo que no puede ser reducido al gesto puro y simple de impartir una clase transmitiendo una serie de informaciones. En su esencia es un acto complicado y se puede afirmar que en nuestros días cada vez se hace más complejo.

Para impartir clases, por ejemplo, hay que saber planificar, tener previstas las situaciones de aprendizaje, estar al día en relación con los saberes a transmitir y tener elegidos métodos de enseñanza adecuados. Igualmente hay que saber ajustar la enseñanza a la que los otros maestros dan a los mismos alumnos, evaluar los trabajos, crear un clima favorable a los aprendizajes en la clase, utilizar correctamente los recursos disponibles (los libros de la biblioteca, los documentos audiovisuales y las tecnologías del tratamiento de la información) y abastecer a los alumnos de la estructura que ellos necesiten fuera de las clases.

El acto de enseñar está hecho de una multitud de microdecisiones de todo orden (Perrenoud, 1983) y requiere un vasto abanico de competencias y de cualidades personales (CSE, 1989) que podemos clasificar así: la competencia disciplinar, la competencia didáctica, la competencia psicopedagógica y, en fin, la competencia cultural.

Según se insista sobre uno u otro de sus trazos, el acto de enseñar aparece unas veces como un arte, otras como una técnica y otras como una ciencia. Exige cualidades personales y formas de creatividad que lo emparentan con un arte, procedimientos y métodos experimentales que lo acercan a una técnica o un oficio, un conjunto de competencias y saberes que lo colocan en el terreno de la ciencia. El acto de enseñar es una mezcla de todo esto con estatus de acto profesional.

Reconocer el carácter reflexivo, interactivo, complejo y profesional del acto de enseñar que persigue el desarrollo de las personas es reconocer al mismo tiempo su carácter distinto.

El lugar del arte en la sociedad

Sin lugar a dudas, si nos esforzamos en modificar el sistema escolar cambiando la forma curricular, la formación de los enseñantes y los métodos pedagógicos, incluyendo los aspectos arriba mencionados, antes o después llegaremos a mejorar el lugar del arte en la sociedad, ya que hay una relación de causa efecto.

La acción educativa toma raíces en la enseñanza pero se prolonga en la forma de un proyecto cultural. En la acción educativa se trabaja con gente del mundo exterior de la escuela. Esta gente aporta su experiencia y su competencia. El encuentro teatro-escuela depende de la naturaleza y de la calidad de la formación artística de los enseñantes.

Uno de los aspectos fundamentales del papel del arte en la educación se sitúa en la relación de los jóvenes con el teatro.

Para pasar de la utopía a la realidad la formación de los enseñantes debe:

- inscribir el arte y la cultura en el proceso de formación,
- no considerar la concepción de la intervención artística en la escuela sólo como un instrumento pedagógico,
- rechazar la idea de considerar la práctica artística solamente en la escuela, organizando diferentes proyectos culturales comunes con los centros culturales, museos, bibliotecas, servicios sociales...
- suscitar la creación de un lugar de intercambios culturales durante y después del horario escolar.

Porque cuando se hace teatro fuera de los muros de la escuela se representa y se muestra una filosofía de vida ante un público. Se trata de hacer una presentación pública de una concepción artística desde el punto de vista de una compañía teatral. Sin embargo, cuando se hace teatro en la escuela intentamos compartir una filosofía de vida con un grupo de estudiantes. Se trata más de un trabajo educativo que artístico, pero, a pesar de todo, a veces se puede llegar a un nivel artístico bastante bueno.

Esencialmente el teatro es un arte que tiene como base el ser humano. A veces, en la escuela, es un arte probado con funciones educativas; en cambio,

El teatro es un arte que tiene como base el ser humano



en las salas de espectáculos su objetivo no es educativo. Es un lenguaje específico universal que permite el encuentro de las diferencias con una meta de intercambios culturales y de comunicaciones humanas.

En este sentido el teatro es un catalizador, una encrucijada y un espacio de encuentros: no nos pertenece. Es la posesión de todos los espectadores donde cada uno pone el contenido que quiere. Existen las palabras y el sentido de las palabras, los gestos y el sentido de los gestos, el ser humano y el sentido del ser humano.

Haciendo teatro en la escuela queremos favorecer la eclosión de un lugar de aprendizaje de lo que es en sí para mejorar la comprensión de su utilidad en la sociedad. Porque el teatro es y se define como algo creativo. Ante todo es un arte que permite inscribir una diferencia. Buscar, inventar, crear son sus objetivos y no reproducir. Como todo arte, el teatro debe atreverse a utilizar la creatividad y la marginalidad para imponer una filosofía y una estética.

Sin embargo, existe el peligro de querer reducir el teatro solamente en un instrumento didáctico. Demasiadas veces en la escuela se utiliza el teatro confundiendo la meta con la función. La meta consiste en la creación y la función es el empleo del teatro con fines educativos para la enseñanza de otras asignaturas.

Es la razón por la cual la formación de los enseñantes es importante. Formar artistas-pedagogos que podrán dar clases de teatro permitiendo a los estudiantes:

- desarrollar su creatividad,
- mejorar su sentido crítico,
- favorecer el desarrollo de una red de comunicación,
- ser autónomo en su proceso creativo

y así, dando un sentido real a la escuela en la sociedad, los enseñantes contribuirán a la comprensión del arte teatral, favorecerán no sólo su inserción sino que además mejorarán su lugar en la sociedad.

Teatro y educación social

“El teatro es un arma eficaz que puede servir de liberación si se sabe utilizar de forma adecuada.” (Augusto Boal). En el mundo de la enseñanza con frecuencia se considera al teatro como una herramienta útil para transmitir conocimientos, perder la timidez o divertir durante las fiestas escolares.

**El teatro tiene
mucho en
común con los
objetivos de la
educación
social**

Sin embargo, cuando se reúnen las posibilidades pedagógicas que ofrece con los objetivos de la educación social, se produce una dinámica bastante interesante que permite a los enseñantes aprovechar una multitud de ocasiones para hacer un teatro vivo y una enseñanza activa y participativa; porque el teatro tiene mucho en común con los objetivos de la educación social.

Pero, para conseguirlo, hay que favorecer que estas ocasiones se produzcan en la escuela y formar enseñantes que tengan una formación adecuada para desarrollar proyectos con los estudiantes.

La educación social es una forma de educación cuya meta es desarrollar elementos esenciales de un movimiento hacia una mejor calidad del entorno. Es un proceso permanente en que el individuo y la colectividad toman conciencia de su entorno y adquieren conocimientos, valores, competencias, experiencia y voluntad que les permitirá actuar individual o colectivamente para resolver problemas actuales o futuros relativos al entorno (UNESCO, 1987).

La educación social es una educación permanente que hace hincapié en objetivos tanto cognitivos como afectivos o de comportamiento (Environnement-Québec, 1979). Ese proceso permanente tiene como objetivo global desarrollar, con los individuos o grupos sociales, un saber-ser que favorezca la optimización de su relación con el entorno de vida, igualmente un saber y un saber-actuar que les permita implicarse como individuo o como colectivo, a corto o largo tiempo, en acciones que ayuden a preservar, restaurar o mejorar la calidad del patrimonio común necesario en la vida y a la calidad de la vida (Sauvé, 1992).

Los objetivos que queremos alcanzar son los mismos que los de la “Charte de Belgrade” en 1975, es decir, ayudar al individuo y al grupo a:

1. Tomar conciencia de su entorno global y sensibilizarse con los problemas que están relacionados con él.
2. Adquirir una comprensión fundamental del entorno global, de la presencia de la humanidad en este entorno, de la responsabilidad y del rol crítico que le incumbe.
3. Adquirir valores sociales, interés por el entorno social, motivación para participar activamente en la protección y la mejora del entorno.
4. Adquirir competencias necesarias para la solución de los problemas.
5. Evaluar los recursos educativos, sociales y estéticos.



Para que la educación social implique la sensibilización en la calidad estética de los ámbitos de vida, las orientaciones metodológicas tendrán en cuenta el desarrollo de la competencia estética para permitir identificar criterios de calidad en este nivel y para poder participar en la creación o en la transformación de sitios agradables, sanos y funcionales para vivir.

Los ejercicios se centrarán en el desarrollo de habilidades de comunicación: saber transmitir un mensaje, saber escuchar, saber dialogar, negociar, convencer; porque son aspectos importantes en la educación social.

El contenido de los cursos de teatro y educación teatral se fundará en una enseñanza que tendrá en cuenta:

- la pedagogía de base,
- la orientación comunitaria,
- la experiencia concreta, directa,
- la explotación de las posibilidades espacio-temporales,
- la interdisciplinariedad,
- el trabajo en grupo.

Para alcanzar los objetivos y abordar los contenidos de una forma dinámica y creativa hemos elegido las técnicas de expresión dramática más conocidas, es decir:

- expresión personal,
- psicodrama,
- juegos basados en la emoción y la ternura,
- ejercicios de escritura individual y colectiva,
- improvisaciones a partir de temas sociales.

Entre otras, hemos trabajado con las técnicas de: Augusto Boal, “Cycles Repères” y las que hemos inventado (a lo largo de los años) investigando sobre el tema.

Conclusión

El teatro, el arte dramático y la pedagogía de la expresión son herramientas educativas básicas para la intervención en el campo de la formación. Y para las personas en dificultad de inserción social suponen de encontrar salidas para formar parte de la sociedad.

Porque, cuando utilizamos estas técnicas dramáticas ponemos en marcha un proceso que corresponde a las esperanzas de los marginales; al trabajar con ellos lo más importante es escucharles y mirarles para permitir que se expresen. Tienen mucho que decirnos.

Trabajando de una forma positiva con el principio “ayúdame, te ayudaré a ayudarte”, los que intervienen en el campo de la educación social crecen al mismo tiempo que los que participan en los talleres de teatro.

Así dramático el arte y la pedagogía de la expresión favorecen la mejora la sociedad.

Dr. Georges Laferrière
Decano de la Facultad de Arte
Universidad de Québec à Montréal



La pedagogía teatral, una herramienta para educar

La pedagogía teatral, una herramienta para educar

El artículo plantea la reflexión sobre cómo podemos favorecer el proceso educativo en el educando a partir de definir el arte dramático en el mundo de la educación, y sobre cómo el acto de enseñar posee el aspecto de la práctica reflexiva. Poniendo en relación personas y saberes en constante evolución. Es, por tanto, una puesta en marcha contrastada y constatada a diario. Sólo así se contribuirá a la comprensión del arte teatral y a la mejora de la sociedad.

Theatre pedagogy, a tool for educating

The article sets out the reflection about how we can help the educational process in the learner by defining dramatics in the world of education, and to what extent the act of teaching bears the attribute of reflexive practice. Causing, as a result, persons and learnings in constant evolution to get in touch. It is, therefore, a daily verified and checked setup. This is the only way to achieve a full understanding of dramatic art and an improvement of society.

Autor: Georges Laferrière

Artículo: La pedagogía teatral, una herramienta para educar

Referencia: Educación Social núm. 13 pp. 54 - 65

Dirección profesional: Facultad de arte. Universidad de Québec
a Montreal.
C.P. 8888 succ. Centre ville
Montréal, P.Q. Canadá
H3C 3P8
Tel. 1-514-987-3000 poste 4023